

Pichín®



EL CABALLO 'ALADO'

El Tomate Parlanchín

Conmovido por su poder e inmerso todavía en el asombro, Pichín aceptaba los beneplácitos y muestras de agradecimiento que los habitantes de Zelianca – ahora con rostro y sonrisa visible - le tributaban, en especial los que provenían de su anciano amigo, que se mostraba tremendamente dichoso.

Tras dos días de euforia y celebración general, salió de la ciudad en olor de multitudes, atrás quedaban los vítores y las lágrimas de gratitud.

Alejado ya del lugar, caminando por un verde y fértil valle, le asaltó la necesidad de agradecer a las Nereidas la maravillosa dádiva con que le habían favorecido.

Continuó su marchar pero ya con la decisión tomada y el deseo cada vez más acusado por encontrarse de nuevo con sus protectoras. Sin embargo él sabía de la dificultad que tenía su nueva misión, ya que no podía ejercer sus poderes para su propio beneficio, por cuanto se hacía preciso encontrar a alguien que hiciera de transmisor de su deseo.

Ensimismado y afligido por este inconveniente, se sobresaltó al escuchar extraños ruidos y vio a lo lejos, en la pradera, como las doradas y altas espigas de trigo se agitaban con movimiento oscilante y violento, siguió avanzando, ahora con cautela, era evidente que se estaba desarrollando una incruenta lucha, ¿pero quienes eran los contendientes? Por fin consiguió acercarse lo suficiente como para ver a un hermoso corcel blanco que se debatía, en pelea desigual, con cinco siniestros buitres de gran tamaño que le atacaban incidiendo, uno tras otro, en la herida que le habían

abierto en el cuello, con la pretensión de ocasionarle la muerte para devorarlo.

Pichín quiso de inmediato acudir en su ayuda y le gritó al caballo que para salvarle de aquella terrible situación, precisaba que se lo pidiera, el animal con rapidez le contestó:

- ¡Quítame estos buitres de encima!



Ya tenía la primera de las premisas, el deseo manifiesto del animal, ahora precisaba frotarle la piedra roja, en alguna parte del cuerpo para que tuviera efecto el hechizo.

Debía acercarse con prudencia y cuando ya estaba próximo, una de aquellas siniestra aves voló vertiginosa hacia él y le dio un tremendo picotazo que le desgarró la piel de un costado al tiempo que lo lanzó por el aire yendo a parar encima del caballo, instante que aprovechó, rauda, para frotar tres veces la roja piedra que no abandonaba de su mano y el prodigio volvió a surtir efecto. Los buitres comenzaron a girar sobre sí mismos clavándose el desgarrador pico en su propio cuerpo y así,

de esta forma, entre graznidos y contorsiones desaparecieron por el horizonte.

Maltrechos y heridos respiraban jadeantes y a la vez contentos por verse salvados de aquel peligro. El caballo abatido en el suelo miró a su salvador, en sus ojos había una expresión de emocionada gratitud, tan grande, que sobraba cualquier palabra, pero le dijo:

- Me librate de la envidia de estos buitres desalmados que no quieren que surque el cielo y que, mandados por algún ser maligno, pretendían aniquilarme o al menos dejarme sin la facultad de volar.
- ¿Volar? – interrogó Pichín.
- Sí...cabalgar por la pradera y volar, puesto que soy un corcel con alas, descendiente de la estirpe 'Pegaso'.

Pichín en el transcurso de la pelea no había tenido tiempo de reparar en las alas del corcel, ahora se fijó en lo admirables que eran a pesar de estar manchadas de sangre producto de aquel salvaje ataque.

Pasado un tiempo ambos curaron de sus heridas, Pichín todavía tenía una acusada cicatriz en un costado pero sanaba con rapidez, el caballo comenzó a correr por el prado y de nuevo se ejercitaba en cortos vuelos.

Una noche Pichín le habló de las Nereidas... 'Alado' se apresuró a ofrecerse para transportarlo en su lomo, volando por los cielos de atardeceres violeta, hasta donde se encontraba el oculto mundo de las hadas. Todo comenzaba a tener sentido para los propósitos de nuestro héroe, el destino, de nuevo estaba de su parte.

